

Berlín, entre las apariencias

Mi interés en el desarrollo urbano del centro de Berlín en cuanto ideología surgió en el mismo momento en el que el *Palast der Republik*, el icónico centro cultural, casa del pueblo y parlamento de la República Democrática Alemana estaba siendo derribado. Estoy hablando del año 2006. La decisión de demoler el edificio había sido tomada por el parlamento alemán el 4 de julio del 2002. Desde entonces el *Palast der Republik* se había convertido en una especie de presencia fantasmal, un esqueleto de hierro y cemento producto de los trabajos de descontaminación que se habían llevado a cabo desde que el edificio fue cerrado en 1990 debido a su contaminación por amianto. Con su aspecto lamentable era difícil imaginarse que el edificio había brillado décadas atrás como buque insignia de la república socialista. Desde luego a mí no me unía ninguna relación de tipo sentimental con el edificio, y su condición ruinosa parecía más bien prueba de que se había abandonado el edificio para que se degradara de una manera, por así decirlo, natural. Parecía que el edificio se iba a caer en cualquier momento.

Sin embargo, cuando en el año 2006 se iniciaron los trabajos de desmantelamiento del *Palast* me llamó poderosamente la atención un eslogan que aparecía reproducido a lo largo del perímetro de las obras.

Éste decía: «Der Rückbau: Demontage statt Abriss»; algo así como «Desmantelamiento: desmontaje en vez de derribo». Es decir, no se estaba demoliendo el edificio, se estaba simplemente despiezándolo.

Esto es, por supuesto, un eufemismo; pues el objetivo ya sea que el edificio se destruya de una vez o por etapas es el mismo, es decir, se trata de quitárselo de en medio.

Para mí hay una pregunta obvia que resulta de ello: ¿cuál es la razón por la cual una cultura o una sociedad decide ‘maquillar’ sus ansias destructivas o, por ponerlo en el marco conceptual adecuado, decide disimular sus aspiraciones iconoclastas? Aquí es donde las sutilezas de la ideología pasan a ser importantes. La comisión internacional de expertos (‘Historische Mitte Berlin’), a la que en el 2001 se le asignó la tarea de realizar una evaluación social, económica y cultural de este espacio urbano con vistas a su futuro desarrollo, lo expresaba muy bien. El *Palast* se había construido sobre parte del espacio urbano que antes ocupaba el barroco *Stadtschloss*, el Palacio Real de los reyes prusianos y emperadores alemanes, que había quedado en una condición bastante ruinoso después de la II Guerra Mundial. En 1950 las autoridades de la República Democrática Alemana lo dinamitaron. La comisión internacional de expertos se refería a este Palacio Real como una “de las terribles pérdidas que la arquitectura de la ciudad sufrió durante la guerra y a través de la institucionalizada rabia destructiva poco después”; en lo que es una clara alusión a la voladura del Palacio Real en 1950. Parece entonces que desmontando el edificio, en vez de demoliéndolo, uno se muestra como más racional y ponderado frente a los excesos propios de la “rabia destructiva”.

Lo que se observa en el uso del lenguaje es una intención claramente anti-iconoclasta. Pero, a parte de esto, el hecho de un desmantelamiento paso a paso permitía hacer del propio proceso de desmantelamiento un espectáculo con su plataforma (que se instaló e inauguró solemnemente) para ser testigos directos de las obras, sus paneles explicativos acerca de la historia del lugar, etc.

Todo esto es como muy educativo y, a la vez, transparente. Y, claro, debemos ser conscientes de que las democracias occidentales se representan ideológicamente como aparatos de decisión política transparente, abiertos, opuestas de esta manera a las dictaduras. Así pues, esta obra que progresa en el tiempo parecía un buen símbolo de lo que un proceso democrático supone. Otro de los eslóganes que se podían ver en el perímetro de las obras decía: «Demokratische Entscheidung: Ein Land diskutiert und findet den Weg»; «Una decisión democrática: el país discute y encuentra el camino».

Digamos que esta dimensión espectacular del derribo que recurre a pretextos más o menos bien fundamentados me hizo preguntarme por las razones de fondo que habían llevado a actuar de esta forma.

Conocía la polémica en la que se había visto envuelto el pintor Gustave Courbet que había sido juzgado por su colaboración con el gobierno revolucionario de la Comuna de París en 1871 y declarado culpable de la destrucción de la columna Vendôme, una columna que conmemoraba la victoria de las tropas napoleónicas en la batalla de Austerlitz y cuyos bajorrelieves en bronce habían sido vaciados a partir de los cañones requisados a los vencidos. Pero parece que Courbet no había querido tanto destruir la columna como ‘desmontarla’ para trasladarla a otro lugar. Así se había defendido Courbet durante el juicio y esta es, en general, la conclusión que acepta la historia del arte.

Courbet, en cuanto artista, no podía haber sido un iconoclasta. No se trataba de destruir sino de desmontar la Vendôme. Igualmente, no se trataba de derribar sino de desmontar el *Palast*.

Ahora bien, los contextos políticos de la Comuna de París, celebrada por Engels como ejemplo de la “dictadura del proletariado”, y de la Alemania unificada, que supuso la derrota de la “dictadura del proletariado” (o al menos de un sucedáneo de ésta), son por supuesto completamente diferentes.

Pero las analogías entre el *Palast* y la columna Vendôme no acaban aquí. Parece que Courbet había propuesto trasladar las piezas de la columna Vendôme a la plaza de los Inválidos, allí al menos los veteranos de la guerra verían dónde se ganaron sus piernas de madera, se dice que comentó Courbet. Hay un cierto interés por conservar la memoria histórica en el ácido comentario de Courbet. Y la mencionada comisión internacional de expertos, también en este sentido de conservar la memoria histórica, recomendaba en su informe final la conservación de la cámara del parlamento, la *Volkskammersaal*, de la República Democrática Alemana por el hecho de haber sido el lugar, en agosto de 1990, en el que se decidió formalmente la desintegración de la DDR. Una dimensión histórica, por tanto, que niega explícitamente el papel que el propio edificio jugaba en cuanto representación de la república socialista.

De esta dimensión claramente ideológica en todo el proceso que rodeó la demolición del *Palast der Republik* resulta a un nivel puramente urbanístico una representación concreta de la nación alemana contemporánea que me gustaría leer en clave hegemónica, y una utilidad del espacio urbano que conlleva su revaluación económica. Esto es lo que me gustaría tratar ahora siquiera de forma breve.

La noción de hegemonía o proyecto hegemónico es una noción decididamente política que en el caso del desarrollo urbanístico de Berlín tiene que ver con la creación de un ‘nuevo’ centro histórico; lo cual en el contexto de los años 90 se ha vinculado a los desarrollos propios de la llamada ciudad postfordista.

Esto de la hegemonía tiene que ver con la formulación, no sólo desde las instituciones del estado sino también por parte de intelectuales y organizaciones ‘privadas’ (o del ámbito ‘público’) de discursos y proyectos en los que se intenta dar forma al interés general o nacional. Estos proyectos y discursos no son ajenos a la crítica ‘pública’ de los agentes sociales e, incluso, esta crítica forma parte de su propia constitución como discursos o proyectos hegemónicos. Si, primero, nos podemos imaginar estos proyectos en un nivel ideológico-discursivo, cuando entran en contacto con la actividad económica se materializan en prácticas concretas. Esto es lo que se observa en la reordenación urbana del centro histórico de Berlín que se propone restaurar el esplendor urbanístico, que lo es nacional-militar, prusiano cuyo punto culminante hoy es el proyectado ‘Humboldtforum’ que a pesar de los retrasos y las crisis financieras aún se espera que pueda comenzar a ser construido en 2014. Este ‘Humboldtforum’ se pretende como una reconstrucción libre del Palacio Real barroco que los comunistas habían dinamitado en 1950.

Como espacio museal el ‘Humboldtforum’ se proyecta a la manera de una actualizada *Wunderkammer* [‘Gabinete de curiosidades’] que uds. saben eran esos espacios, principalmente barrocos, en los que aristócratas y eruditos se deleitaban con colecciones de objetos, para ellos extraños y exóticos, que les habían expropiado a la naturaleza y a otras culturas consideradas por supuesto como inferiores.

Esto se transforma ahora en una *Wunderkammer des Wissens* [‘Gabinete del saber’] en el que se pretende celebrar la diversidad y la pluralidad de las culturas del mundo bien expuestas en Berlín para deleite de sus patrocinadores que pueden soñar así en ser los nuevos hermanos Humboldt reencarnados.

Pero, claro, esto no se celebra críticamente sino espectacularmente. El modelo de recepción que se asume aquí es el del consumidor y el turista cuya mirada se supone siempre distraída y sujeta al dispositivo de guía virtual. Lucy Lippard se ha referido a ello con mucha ironía: en los museos “ocultado detrás de los tronos del Rey de la Historia y de la Reina del Arte se encuentra inevitablemente el comercio”.

Si observamos con detenimiento el proceso urbanístico y político que llevó al desmantelamiento del *Palast der Republik* primero y a decidir después la reconstrucción del Palacio Real bajo la nueva máscara del ‘Humboldtforum’ veremos que aquí lo fundamental ha sido crear un discurso histórico-urbanístico concreto que en relación a las necesidades económicas que determinan la ciudad postfordista orientada al sector servicios, las industrias del entretenimiento y al turismo se redefine en términos de valor económico y capital. El particular significado histórico y/o cultural que se le asigna al espacio urbano en su totalidad sirve bien para su revaluación en términos económicos. La idea es revalorizar el centro histórico con sus ofertas culturales como algo singular, auténtico y original a fin de que pueda resultar atractivo para aquellos capitales que están interesados en los réditos que puede proporcionar la experiencia cultural.

A modo de ejemplo, Peter-Klaus Schuster, hasta octubre de 2008 director general de los museos estatales en Berlín, se refería al conjunto museístico del centro de Berlín que se espera completar con el ‘Humboldtforum’ como una institución que ha servido para conservar unas colecciones que han sido el resultado del trabajo de eruditos e ilustrados y no el producto como en Londres o París de un enfoque condicionado por la historia colonial.

Este evidente reproche con respecto a un pasado colonial al que, por lo que parece, Alemania es ajeno (y ello a pesar de haber organizado la Conferencia de Berlín en 1884/5 que dio lugar al reparto de África entre las principales potencias europeas) sirve para encumbrar la condición a-ideológica y a-política del espacio museal. Pero también evidencia un sentido de competencia económica directa con Londres y París de los que Berlín como metrópolis de la cultura y las artes busca diferenciarse para atraer más turistas; y Londres y París son las ciudades del espacio europeo que aún se sitúan por delante de Berlín como los principales destinos turísticos en Europa.

El centro urbano se convierte de esta manera en un evento en donde la historia es escenificada. Y me gustaría citar aquí un párrafo de *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord muy pertinente en este contexto: “El urbanismo es la conquista del entorno natural y humano por parte de un capitalismo que, al desarrollarse según la lógica de la dominación absoluta, puede y debe ahora reconstruir la totalidad del espacio como *su propio decorado*”. Así pues, el centro urbano como decorado en el que la historia se escenifica. Pero claro, no es cualquier historia la escenificada, sino sólo aquella que se considera adecuada para ser identificada como marco legítimo.

Las cicatrices que desde los años 90 surcan el centro de Berlín reflejan a mi modo de ver algo muy simple: que *la guerra era fría pero era guerra, y está perdida*.